

son una cosa misma: ¿cuándo ha sido llamado amable lo que el interés busca? La justicia, la castidad, el valor, aquella hermosura interior «que cautiva el corazón de Dios, que el rey codicia» (16), «la bondad en nuestro corazón,» la lealtad, un alma bella en un cuerpo conveniente (17), aquella nobleza de ánimo que nos mueve á amar y venerar al anciano, y por último, la heroica resignación de los mártires (18), ¿son por ventura objeto del amor de concupiscencia, ó del de benevolencia? ¿De cuál de estos dos amores habla San Agustín cuando se duele de haber amado tarde «aquella belleza tan antigua y sin embargo tan nueva?» (19) ¿De cuál hablan San Basilio, Clemente y otra vez más San Agustín cuando nos invitan á considerar la hermosura del Hijo de Dios, hermosura infinita que sobrepuja todo sentido, por la cual, en tocándonos los rayos de su lumbre resplandeciente, despreciamos y olvidamos toda otra belleza? Amor de esta beldad fué lo que hacia desfallecer á la Esposa del Cantar de los Cantares: amor de esta beldad fué el que abrasó á la doncella romana, mártir de trece años, cuando á paso apresurado iba al lugar del suplicio con una alegría sin comparación alguna mayor de la que siente la Esposa cuando se acerca al altar (1). ¿Era por

(1) Non sic ad thalamum nupta properaret, ut ad supplicii locum. taeta successu, gradu festina virgo processit. Ambr. de virg. l. I.

Del oficio de Sta. Ines.

ventura imperfecto el amor que la animaba? Al que tal creyese faltaríanle para amar la inteligencia y el corazón; y solo podría poseerle el egoísmo.

## VI.

La misma verdad que hemos probado por el sentir unánime de la antigüedad, por el testimonio de la filosofía socrática y cristiana, se deduce con no menos claridad de razones intrínsecas. La belleza es por su naturaleza esencial y necesariamente objeto y fundamento del amor propiamente dicho.

23. Los pasajes que hemos alegado son más que suficientes para convencernos de cómo á juicio de la antigüedad fué reputada la belleza por fundamento y objeto del amor propiamente dicho, y de cómo por su acción natural y directa sobre el espíritu racional le ocupaba y ganaba el corazón. Si fuera posible oponer á las autoridades que hemos oído, otro número igual de testimonios de igual valor, podría parecer ciertamente disminuida la fuerza de la demostración; ¿pero cuándo llegaron á juntarse formando una sola voz sobre ninguna cuestión del orden puramente intelectual tantos y tan insignes maestros? Y si no los ha habido ni los hay, ¿cómo es que la ciencia de lo bello, que solamente debe recibirse de la antigüedad, según hemos indicado y lo haremos ver más de lleno,

cómo es, decimos, que estas ideas no se encuentran nunca en nuestras teorías sobre la belleza y las bellas artes? Desde hace más de un siglo hemos puesto nuestra complacencia en dar al olvido las conquistas de la antigüedad en el orden científico; hemos creído deber comenzar en todas las cosas por los primeros elementos y ser deudores á nuestro propio exámen de los resultados sucesivos de nuestra indagacion. Figúraseme que esta reserva nace de haberse retrocedido en muchas cuestiones especulativas quedándose el saber muy detrás del punto á que lo habian llevado nuestros predecesores; y de la falta de claridad y acaso tambien de solidez de la idea que se tiene de la belleza. Pero todavía podemos señalar otra causa más concreta. Acaso ya habrán observado por sí mismos nuestros lectores, que en los testimonios de la antigüedad que hemos traído, se trata principal y casi exclusivamente de las cosas bellas del orden espiritual; y se disponen quizá á decirnos que aun cuando acerca de tales cosas sean admirables las ideas de los antiguos, pero nunca serian aplicables á la belleza del mundo sensible, y que por esta razon no merecen ser aceptadas. Previendo ésta dificultad nos preparamos oportunamente (11) para dar la clave de su resolucion distinguiendo entre el amor absoluto y el relativo, y ahora esperamos que desaparecerá por completo con lo que seguiremos

diciendo. Es de notar que la gran ventaja de la antigüedad en la definicion de la belleza consiste en haber mirado á ésta bajo su verdadero aspecto; asi como el grave yerro de los modernos sobre éste punto consiste en haberlo perdido de vista. Ya probamos arriba (§ II.), que la belleza se muestra únicamente con toda su perfeccion en el orden de las cosas invisibles; que su esfera propia es el mundo espiritual, y en éste señaladamente el orden moral. Ahora bien, es un axioma indisputable que solo entonces debemos de percibir un objeto en toda su perfeccion, cuando todas sus propiedades se muestran en el mayor grado de perfeccion á que pueden llegar; porque solo así podemos juzgar con rectitud acerca de él y comprender su naturaleza (1). Si solo contemplamos una de sus partes, y ésta pequeña, si lo vemos solo de perfil, ó en imágen, ó acaso cuando más imperfectamente se deja ver, es evidente que en los juicios acerca de él corremos gravísimo peligro de errar. En el rostro del hombre pintase siempre su interior; mas ¿nos atribuiremos por esto el derecho de definir el carácter de un hombre solo con mirar á su retrato? ¿no será bien para proceder con seguridad en nuestro juicio, que le observemos durante buen espacio de tiempo atendiendo

(1) Quidquid est, de quo ratione et via disputatur, id est ad ultimam sui generis formam speciemque reducendum. Cic. or. c. g. n. 10.

á sus palabras, á sus obras, á su vida toda? Porque en un simple disco de cristal se pueden ofrecer incoados algunos fenómenos eléctricos, ¿será razon establecer sin recurrir á ningun otro instrumento todas las observaciones que pide la teoría de la electricidad? ¿bastará ver unas pocas reliquias de los huesos de algun animal antidiluviano para describir todo lo que sabe la historia natural de los animales que pertenecen á las especies conocidas que hoy existen? Pues si la regla mencionada vale tambien en este orden de cosas, en las que hay necesidad de contentarse con simples conjeturas y modestas hipótesis á falta de medios de conocer más perfectos; ¿por qué ha de ser olvidada tratándose de un objeto como la belleza, que pertenece atendida su perfeccion á un orden de cosas completamente diverso de aquel otro en el cual se han reunido observaciones y advertencias?

En una palabra, si queremos juzgar con acierto de la belleza, hemos de contemplarla próxima y señaladamente en el orden espiritual. No lo quiere así nuestro siglo. Siendo como es material, todas sus observaciones recaen sobre los objetos bellos del mundo material, y lo que partiendo de ellas alcanza al fin y saca por conclusion, eso es lo que proclama y establece como base indefectible de todo sistema de Estética. De este modo no le es posible al espíritu de la época ponerse de acuerdo con las antiguas doc-

trinas, ni aún llegar á conocerlas; ni es de maravillarse que las teorías modernas se entreguen sin restriccion al servicio del sensualismo, ni que despues de esto sea difícil, aún cuando medie el mejor deseo, sustraerse el ánimo á ciertas consecuencias teológicas y filosóficas á todas luces falsas, pero lógicamente deducidas de tales premisas.

Si pues la belleza es una propiedad comun á las cosas corpóreas y á las espirituales, para definir su esencia y señalar bien sus caracteres, tenemos necesidad de acudir á las explicaciones y teoremas que se refieren no ménos que á los objetos físicos á los del mundo espiritual. Las tendencias de la época presente, que ya hemos notado, no aceptan ésta conclusion, pues solo hacen cuenta con objetos dotados de una belleza perceptible para los sentidos; por donde se ven en la necesidad lógica de negar, como extraña y falta de sentido, la tésis que la belleza es un atributo de Dios. Por el contrario, nosotros esperamos probar con razones irrefragables, que nuestra doctrina no comete semejante pecado de exclusivismo, antes bien se aplica y ajusta muy bien á las dos esferas visible é invisible.

24. Como ya anunciamos oportunamente, por razones intrínsecas, que serán por más cierto *a priori*, queremos ilustrar la verdad de la proposicion que antes asentamos, exponiendo las

antiguas doctrinas. Debemos **por** consiguiente manifestar que las cosas que **nosotros**, ó mejor dicho, que el unánime sentir **de** los hombres tiene y declara por bellas, son **esencialmente** por su naturaleza objeto de **nuestro** amor de benevolencia. Las cosas en que **percibimos** semejanza, conformidad con **nuestro** espíritu, escitan naturalmente nuestro amor **de** benevolencia, ora el absoluto, ora el **relativo**, segun sea la esfera á que pertenecen.

Ahora bien, esta relacion **tienen** con nosotros, y ofrecen á nuestros ojos las cosas bellas cabalmente por la propiedad misma **que** constituye su belleza. Probémos estas dos **proposiciones**, y así tendremos derecho á sacar **de esta** prueba la conclusion que hace á nuestro **propósito**.

### I.

La relacion de semejanza que **percibimos** entre el espíritu racional y otros seres que **no son** él, es la condicion y al mismo tiempo el **fundamento** del amor perfecto.

25. Léese en el libro de Sirach: «Toda cosa ama á lo que es semejante á ella» (1); segun Aristóteles «no hay cosa alguna que no se alegre con lo que le es igual» (2). En el diálogo

(1) Πάν ζῶον ἀγαπᾷ τὸ ὅμοιον αὐτοῦ. Eccli. 13. 19.

(2) Εὐθύς τὰ ὅμοια ὁμοίως χαίρει, καὶ ἀνθρώπων ἥδιστον ἀνθρώπου. Ethic. Eudem. 1. 7. c. 2. med.

sobre la amistad Platon pone en boca de Sócrates estas palabras dirigidas á Lisias: «Si no me engaño, hé aquí que los poetas dicen: «Al que es igual á otro, un Dios le conduce siempre al lado de él, y permite que ambos aprendan á conocerse mutuamente.» ¿No ves tambien el mismo pensamiento en los escritos de los sábios que dicen moverse cada ser á amar las cosas que son semejantes á él?» (1). Con Aristóteles y Platon hace coro Marco Tulio: «Ninguna cosa estrecha más el vínculo del amor, que la conformidad entre las almas honestas; pues teniendo los mismos deseos y una sola voluntad, todas ellas se gozan en el bien de las otras; y así sucede lo que Pitágoras juzgó ser lo más acabado en la amistad, á saber, que de muchos se haga uno» (2). En Boecio hallamos tambien que «toda diversidad es discorde; y por esta causa es apetecible la semejanza. Siempre que un ser se inclina hácia otro, muéstrase en esta inclinacion, que tiene con él cierta relacion

(1) Δέγουσι δὲ πως ταῦτα, ὡς ἐγῶμαι ὠδὶ  
Αἰεὶ τοὶ τὸν ὅμοιον ἀγαθὸς ὡς τὸν ὅμοιον  
Καὶ ποιεῖ γνῶριμον.....

Ὁμοῦν καὶ τοῖς τῶν σοφωτάτων συγγράμμασιν ἐντετύχηκα, ταῦτα αὐτὰ δὲ λέγουσιν, ὅτι τὸ ὅμοιον τῷ ὁμοίῳ ἀνάγκη αἰεὶ φίλον εἶναι; Plat. Lysis. ed Bip. vol. 5. p. 233. Steph. 214. a.

(2) Nihil est amabilius nec copulatius, quam morum similitudo bonorum. In quibus enim eadem studia sunt eademque voluntates, in his fit, ut eaque quisque altero delectetur ac seipso: efficiturque id, quod Pythagoras ultimum in amicitia putavit, ut unus fiat ex pluribus. Cic. de offic. 1. c. 17. n. 56.